

DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA



Austral Singular

**MIGUEL  
DE CERVANTES**  
DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA

Edición, notas e introducción  
Alberto Blecua



**AUSTRAL**

PRIMERA PARTE<sup>1</sup> DEL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

---

<sup>1</sup> Para esta división en *partes* y sus problemas, *vid.* Introducción, págs. LXIX y ss.

## CAPÍTULO PRIMERO

### QUE TRATA DE LA CONDICIÓN<sup>2</sup> Y EJERCICIO DEL FAMOSO Y VALIENTE HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En un lugar<sup>3</sup> de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme<sup>4</sup>, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero<sup>5</sup>, adarga<sup>6</sup> antigua, rocín flaco y galgo corredor<sup>7</sup>. Una olla de algo más vaca que carnero<sup>8</sup>, salpicón<sup>9</sup> las más noches,

---

<sup>2</sup> *condición*, con la doble acepción de carácter y estado social: «Tiene varias significaciones. Condición natural, buena condición o mala condición, *ingenium*. Condición, estado; como se es rico o pobre, noble o plebeyo.» (Covarrubias, *s. v.*).

<sup>3</sup> *lugar*, 'pueblo'. Un romance difundido, sobre todo, por el *Romancero general* (Madrid, 1600), aunque ya se hallaba en otra antología de 1596, incluía como verso el célebre arranque de la obra: «Un lencero portugués / recién venido a Castilla, / más valiente que Roldán / y más galán que Macías, / en un lugar de la Mancha, / que no le saldrá en su vida, / se enamoró muy despacio / de una linda casadilla...».

<sup>4</sup> *no quiero acordarme*, 'no me acuerdo', como fórmula, al igual que la anterior, de arranque de cuento. Lo que no impide que Cervantes le diera también el sentido literal para romper con el tópico.

<sup>5</sup> *astillero*, la percha donde se ponían las lanzas.

<sup>6</sup> *adarga*, 'escudo redondo', habitualmente de cuero.

<sup>7</sup> Los comentaristas suelen traer a colación un pasaje del *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539) de fray Antonio de Guevara donde se describe la vida de un hidalgo de aldea, con rasgos similares: «una lança tras la puerta, un rocín en el establo, una adarga en la cámara» (ed. Rallo, Madrid, Cátedra, 1984 pág. 181).

<sup>8</sup> La *olla* era, y es, una comida habitual. Es un cocido de verduras, legumbres y carnes. Comenta Covarrubias, *s. v.*: «Sesenta ollas al mes es el gobierno de un hidalgo pródigo». La vaca era más barata que el carnero. *Vid.*, para estas comidas, además de Rodríguez Marín [1947], a Manuel Fernández Nieto: «La gastronomía en el *Quijote*», en *Cervantistas en la Mancha*, Investidura como doctores «*honoris causa*» de D. Joaquín de Entrambasaguas y D. Juan Bautista Avalle-Arce, Universidad de Castilla-La Mancha, 1993, págs. 53-92.

<sup>9</sup> El *salpicón* es la carne que sobra de la olla de la comida, picada y sazonada con sal.

duelos y quebrantos<sup>10</sup> los sábados, lentejas<sup>11</sup> los viernes, algún palomino de añadidura<sup>12</sup> los domingos, consumían las tres partes<sup>13</sup> de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte<sup>14</sup>, calzas de velludo<sup>15</sup> para las fiestas, con sus pantuflos<sup>16</sup> de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí<sup>17</sup> de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años<sup>18</sup>; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir<sup>19</sup> que tenía el sobrenombre<sup>20</sup> de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba Quijana<sup>21</sup>. Pero esto im-

<sup>10</sup> Los *duelos* y *quebrantos* podrían ser huevos con torreznos o con menudillos y despojos de animales. Era comida que no rompía la abstinencia, que en Castilla se mantenía también el sábado.

<sup>11</sup> *lentejas*, 'lentejas'. Se suele anotar que se consideraban por la mayoría de los médicos, cuando se comían con frecuencia, perjudiciales, pues acrecentaban el humor melancólico y provocaban pesadillas (*vid.* Laguna, II, 98). Pero no parece que se trate aquí de una referencia a las propiedades médicas, sino a una tradición real de comidas de abstinencia y de pobreza: «En su pasto y comida se figura la virtud de la templanza, por cuanto los pobres se contentaban antiguamente con el puchero de las lentejas» (Covarrubias, *s. v.*).

<sup>12</sup> *de añadidura*, 'añadido a la olla', probablemente, y no, 'además de'.

<sup>13</sup> *tres partes*, 'tres cuartas partes'.

<sup>14</sup> *sayo*, era un tipo de chaqueta larga y sin botones. El *velarte* era un paño de lana fino, negro o azul, muy apreciado y costoso.

<sup>15</sup> *calzas*, eran unas medias que llegaban hasta la cintura, lo que hoy serían los pantis. El *velludo* es terciopelo.

<sup>16</sup> *pantuflos*, 'calzado de abrigo, forrado, con corcho en la suela'. Covarrubias, *s. v.*, lo da como propio de ancianos.

<sup>17</sup> *vellorí*, paño entrefino pardo o ceniciento.

<sup>18</sup> Para la descripción del personaje, que corresponde a los rasgos de un colérico-melancólico, y su relación con determinados tratados sobre los caracteres, en particular el *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, *vid.* Introducción, págs. CXIV y ss.

<sup>19</sup> *Quieren decir*, 'dicen, se dice'.

<sup>20</sup> *sobrenombre*, 'apellido'.

<sup>21</sup> Sigo *Quixana* como trae uno de los ejemplares de la primera edición —y la segunda y Bruselas— frente a *Quexana* de los otros ejemplares, que habitualmente se sigue. Para la defensa de esta lección y para la parodia del método de la conjetura que practicaban los humanistas, *vid.* Rico [1994].

porta poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura<sup>22</sup> para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva<sup>23</sup>, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas<sup>24</sup> razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece*<sup>25</sup>, *que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leía: ... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.*

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís<sup>26</sup> daba y recibía porque se imaginaba que, por grandes

<sup>22</sup> *de tierra de sembradura*, para sembrar trigo. La *hanega* o *fanega* de este tipo medía unos 7.000 metros cuadrados. La hacienda de don Quijote era, pues, considerable.

<sup>23</sup> Famoso novelista (1491-1554) por sus continuaciones del *Amadís*. Lo vuelve a mencionar en I, 6. Clemencín, que con Cravens (Feliciano de Silva...), ha sido el mejor lector de Silva, da varios paralelos con estos juegos de palabras, pero ni éste ni el pasaje siguiente se encuentran al pie de la letra en sus obras. El más parecido se halla al principio de otra obra de Silva, de tono muy distinto de las otras. Se trata de *Segunda parte de la Celestina* (1534), Esc. I: «¡Oh amor, que no hay razón en que tu sinrazón no tenga mayor razón en sus contrarios!» (ed. Consolación Baranda; Cátedra, Madrid, 1988, pág. 110).

<sup>24</sup> *entrincadas*, 'intrincadas'.

<sup>25</sup> *enflaquece*, 'debilita'.

<sup>26</sup> Se trata de *Don Belianís de Grecia*, ya mencionado en los versos preliminares, n. 34.

maestros<sup>27</sup> que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete<sup>28</sup>; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Cigüenza—<sup>29</sup>, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo<sup>30</sup>, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso<sup>31</sup>, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro<sup>32</sup>, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones<sup>33</sup> que leía, que para él no había otra

<sup>27</sup> *maestros*, 'cirujanos'.

<sup>28</sup> Al final de la obra, Jerónimo Fernández dice haber perdido los originales del sabio Fristón con la continuación de la obra. *Vid.* la nota de Clemencín.

<sup>29</sup> *Cigüenza*, 'Sigüenza'. Era una universidad provinciana, con no buena fama.

<sup>30</sup> Los barberos eran, en general, gente culta. *Vid.* Introducción, pág. C.

<sup>31</sup> Galaor no era 'melindroso' y no tenía el menor reparo en hacer a las doncellas 'dueñas', cuando había ocasión.

<sup>32</sup> El *celebro*, 'cerebro', es frío y húmedo, por consiguiente, el calor lo reduce y consume. Para estos problemas sobre los humores, de raigambre clásica, *vid.* el prólogo de G. Serés a su edición del *Examen de ingenios* de Huarte San Juan.

<sup>33</sup> *sonadas soñadas invenciones*, 'famosas soñadas creaciones', pues la *invención*, y más en caso cervantino, era 'verosímil'. Algunos editores, como Rico, suprimen *sonadas*, como la segunda edición, porque consideran una duplografía —error por repetición— por *soñadas*, que es errata plausible, pero el sintagma *sonadas aventuras* vuelve a aparecer en I, 6, pág. 84.

historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes<sup>34</sup>. Mejor estaba con Bernardo del Carpio<sup>35</sup>, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante<sup>36</sup> porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, el sólo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán<sup>37</sup>, y más cuando le veía salir de su cas-

<sup>34</sup> *El caballero de la Ardiente Espada* es Amadís de Grecia, «porque tenía estampada en el pecho una espada bermeja a manera de brasa, y como tal quemaba, hasta que el sabio Alquife le curó de esta incomodidad.» (Clemencín, que apostilla no haber encontrado un pasaje en esta obra en el que el protagonista haya *partido de un solo revés a dos fieros y descomunales gigantes*).

<sup>35</sup> Bernardo del Carpio es héroe fabuloso del que ya en el siglo XII existe una leyenda en la que se presenta como contrapunto de Roldán, a quien vence en Roncesvalles. Todavía circulaba en romances tradicionales hasta el siglo XX. En el romance de don Gaíferos, según anota Clemencín, se le denomina *encantado* («Debe ser el encantado / ese paladín Roldán», al que sólo se podía matar conociendo su punto débil. El mismo Clemencín señala que Nicolás de Espinosa, en la continuación del *Orlando furioso* (Zaragoza, 1555), hace morir a Roldán como el gigante Anteo o Anteón («Bernardo aprieta el cuerpo valeroso / con la furia mayor que allí ha podido», can. 35). Anteo recuperaba las fuerzas cada vez que tocaba la Tierra, de quien era hijo, y Hércules acabó con él suspendiéndole en el aire y asfixiándole con sus brazos. En la tradición medieval y romanceril, Bernardo mata a Roldán con sus armas. Espinosa seguramente recordó un pasaje de Ariosto «... e crede far le prove / che sopra Anto fe' già il figliul di Giove» (XXIII, 85). Sin embargo, el sintagma «el hijo de la Tierra» parece proceder de la comedia de Lope *El casamiento en la muerte*, publicada en 1604, pero compuesta hacia 1597, según indica su editor Luigi Giuliani en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, vol. 2, pág. 210.

<sup>36</sup> Morgante es uno de los gigantes que da título a un difundido poema de Luigi Pulci, traducido en prosa por Jerónimo de Auner (Valencia, 1535). En él, tras ser vencido por Roldán, se convierte al cristianismo y será uno de sus más fieles amigos. Clemencín aporta una lista de gigantes corteses y bondadosos en varios libros de caballerías.

<sup>37</sup> Reinaldos de Montalbán fue uno de los doces pares de Francia. Tuvo gran difusión en España a través de los romances y en el siglo XVI en el *Espejo de Caballerías*, adaptación en prosa de los poemas de Mateo Boiardo, donde se cuenta cómo robó a los moros una estatuilla de Mahoma *allende*, 'ultramar'. *Vid.* I, 6, n. 18 (Para la trad., *vid.* Gómez-Montero [1992]).



tillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces<sup>38</sup> al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república<sup>39</sup>, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones<sup>40</sup> y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda<sup>41</sup>; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía, se dio priesa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos<sup>42</sup>, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje<sup>43</sup>, sino morrión

<sup>38</sup> *coces*, 'patadas', sin la acepción actual. El juego de palabras con *mano*, 'manojo, montón', es claro. *Galalón* es la hispanización de *Ganelón*, el traidor que vende a los franceses en Roncesvalles según el ciclo carolingio.

<sup>39</sup> *república*, 'nación, patria'.

<sup>40</sup> *ocasiones*, 'situaciones peligrosas'.

<sup>41</sup> *Vid.* Prólogo n. 48.

<sup>42</sup> No sé si Cervantes se refiere a *bisabuelos* en el sentido actual y no en el de sus antepasados lejanos aunque *luengos siglos* sea una hipérbole, pero recuérdese que Rocinante es bisnieto de Babieca (en *A Rocinante, del Donoso*). La crítica, en general, lo entiende en el sentido recto y sitúa las armas en la segunda mitad del siglo XV. El *morrión* —probablemente *morrión*, trisílabo—, casco liso —*simple*— que cubría la cabeza y que era pieza de alabardero y no de caballero, no se documenta hasta mediados del siglo XV. Parecen piezas de distintos arneses, comenzando por *su espada*, que era moderna y que le correspondía llevar por ser hidalgo. *Vid.* Martín de Riquer, *L'arnès del cavaller*, Barcelona, Ariel, 1988.

<sup>43</sup> La *celada de encaje* es la que cubría toda la cabeza, con visera alzable, y encajaba directamente en la coraza, sin necesidad de *gola*, pieza que protegía el cuello, que es la que lleva don Quijote, como se dice en I, 2, n. 39.

simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto<sup>44</sup> deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real<sup>45</sup> y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*<sup>46</sup>, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como

<sup>44</sup> *en un punto*, 'en un segundo, al instante'.

<sup>45</sup> Juega con la división de la moneda en cuartos y la enfermedad de las caba-  
llerías y otros animales en los cascos, que presentan profundas hendiduras.

<sup>46</sup> *tantum pellis et ossa fuit*, «que todo era piel y huesos». Pietro Gonella fue un famoso bufón de la corte de Ferrara en el siglo xv. Cervantes está citando un verso del *Opus Macaronicarum* de Merlino Cocaio —seudónimo de Teófilo Folengo— perteneciente al *Libellus Epistolarum et Epigrammatum*. Se trata de los vv. 2-4 de la *Epistola secunda faceta. Ad Falchettum familiarem em suum* —no de un *Epigramma*, como se suele anotar desde Camera de Aserta («Consideraciones sobre un punto dudoso...»), el primero en indicar la fuente—, que dicen «Stare parangono Gonellae nempe cavalli / posset, qui tantum pellis et ossa fuit», que imitan a Plauto, *Aulularia*, III, 6, v. 564, y plausiblemente a la *Cartula o De contemptum mundi* («Tu modica fossa clauderis pellis et ossa»), uno de los ocho autores que fueron libro de texto hasta el siglo xvi, y que ni Folengo ni Cervantes podían desconocer. Cervantes leyó el texto de Folengo, muy difícil por la mezcla de latín clásico y de dialectalismos italianos, en dos redacciones de la obra (1521 y 1552), y en la adaptación castellana de 1543.

convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar *Quijada*, y no *Quesada*, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse *Amadís* a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa<sup>47</sup>, y se llamó *Amadís de Gaula*, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose<sup>48</sup> a sí mismo, se dio a enten-

<sup>47</sup> *por hacerla famosa*. En la primera edición *por Hepila famosa*, lección extraña. Yo sugerí [A Blecua, 1988, 40] que quizá se tratase de un error por *epilasi* de un *epilepsis* en griego, *cognominatio* en latín y *sobrenombre* en castellano, pero no he podido documentar el término y es difícil que Cervantes utilizara un cultismo gramatical que no fuera de amplia difusión. Tampoco parece probable que se refiera burlescamente a *La famosa Épila*, novela pastoril perdida de Jerónimo de Urrea, compuesta al parecer hacia 1570, como apunta Soledad Carrasco Urgoiti [1972, 125]. D. Ynduráin enmienda en *por rendilla famosa*. En principio, parece aceptable la enmienda de las siguientes ediciones, y la mayoría de los editores, incluido Rico, porque el sintagma está documentado en II, 32 («como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo...»).

<sup>48</sup> *confirmándose*. Al recibir el sacramento de la confirmación, que, como es sabido, da nuevas fuerzas al soldado de Cristo, podía cambiarse de nombre, aunque es poco frecuente (cf. Zalba, *Theologiae Moralis Compendium*, BAC, Madrid, 1958, II, n. 597, 4). De todas formas, aquí el nuevo nombre parece corresponder más al haber profesado el protagonista en una orden, la de caballería. La primera edición *confirmándose*. Parece preferible la enmienda de Clemencín, defendida últimamente por Rico con buenos argumentos.

der que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él a[sí]:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado<sup>49</sup> y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida<sup>50</sup>: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula<sup>51</sup> Malindrania, a quien venció en singular<sup>52</sup> batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced<sup>53</sup>, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»?

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni se dio cata dello<sup>54</sup>. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y bus-

<sup>49</sup> *presentado*, 'como presente, como regalo'.

<sup>50</sup> *rendida*. En las primeras ediciones *rendido*, que no hace más que repetir el *hinque de rodillas*. El uso normal en Cervantes es con dos adjetivos concordados.

<sup>51</sup> *ínsula*, 'isla', latinismo cuyo significado preciso Sancho desconoce y en la Segunda Parte conseguirá ser gobernador de una, pero en tierra firme. En los libros de caballerías son muy frecuentes las *ínsulas* con una toponimia altisonante o significativa.

<sup>52</sup> *singular combate*, 'uno contra uno'.

<sup>53</sup> *la vuestra merced*. Así, en la segunda edición; la primera sin el artículo. Parece preferible la de la segunda por el tenue contexto arcaico y que se documenta en otras ocasiones —I, 30; I, 43; II, 32— en situación similar. *Vid.* Rico.

<sup>54</sup> *ni se dio cata*, 'ni se dio cuenta, ni lo advirtió'. La primera edición *le dio cata*, que mantienen Riquer, Murillo, Gaos y Rico, entendiéndolo 'ni él le dio cuenta de su amor', o 'ella no le dio ninguna señal de saberlo'. Es muy sospechoso que en la segunda edición ya corrija la construcción por extraña.

cándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso<sup>55</sup>; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

---

<sup>55</sup> Nótese que en el pasaje no se dice que Dulcinea viva en El Toboso, sino en un pueblo cercano, aunque sí era «natural» de allí. Ya a partir de I, 8, Dulcinea vive en El Toboso.

## CAPÍTULO II

### QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo<sup>1</sup> su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar<sup>2</sup>, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio<sup>3</sup>, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y, por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas<sup>4</sup>, como

---

<sup>1</sup> *la falta que él hacía en el mundo*, «él mismo era el culpable al faltar, al no actuar ya».

<sup>2</sup> *enderezar tuertos*, 'reparar las injusticias', era término jurídico de uso normal en los libros de caballerías.

<sup>3</sup> Para los problemas cronológicos del relato, *vid.* Introducción, págs. LXIX y ss. Es muy probable, como señala la crítica, que Cervantes escoja estas fechas caniculares porque con el extraordinario calor se acentúa la sequedad del cerebro de don Quijote y aumenta el humor colérico. De todas formas, es la mejor época para el desarrollo de una acción que transcurre en el campo.

<sup>4</sup> *armas blancas*, sin ninguna figura ni color heráldico, no porque fuesen blancas como un 'armiño', según el juego de palabras contiguo. En I, 16 se describen muy bien en parodia el tipo de empresas en las armas de los caballeros.

novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño, y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante<sup>5</sup> aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo<sup>6</sup> tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas<sup>7</sup> lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido<sup>8</sup>, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas<sup>9</sup>, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

—Dichosa edad, y siglo dichoso aquel<sup>10</sup> adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, escul-

<sup>5</sup> *flamante*, 'recién estrenado'.

<sup>6</sup> *el rubicundo Apolo*, Febo o Apolo conducía el carro del sol, tirado por corceles voladores. El pasaje es una parodia de la descripción del amanecer mitológico que se remonta a las obras homéricas. Fue motivo usado hasta el cansancio en la tradición pastoril. Cervantes lo utilizó en serio en *La Galatea*.

<sup>7</sup> *harpadas lenguas*, 'armoniosas lenguas'.

<sup>8</sup> *el celoso marido* es el anciano Titón.

<sup>9</sup> *ociosas plumas*, 'el lecho', es tópico poético.

<sup>10</sup> *Dichosas edad y dichoso siglo aquel*. Con estas palabras comienza el célebre discurso del Siglo de Oro en I, 11.

pirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras<sup>11</sup>.

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece<sup>12</sup>.

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba porque quisiera topar luego luego<sup>13</sup> con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha<sup>14</sup>, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde reco-

<sup>11</sup> *carreras*, 'caminos principales'.

<sup>12</sup> Es discurso compuesto, con varios arcaísmos como *cautivo* 'desdichado', *habedes fecho*, *afincamiento*, 'apremio', *la vuestra fermosura*, *membraros*, 'acordaros'. Contra lo que se suele anotar, *plégaos* no era un arcaísmo sino un doblete, más en desuso, de *plázcaos*.

<sup>13</sup> *luego luego*, 'inmediatamente' con refuerzo semántico.

<sup>14</sup> Las aventuras transcurren respectivamente en I, 8 y I, 9, aunque con orden invertido. Aquí se presenta Cervantes como historiador. Probablemente Cide Hamete no figuraba en el plan primitivo de la obra, cuya primera parte (I, 52) se cierra con otra alusión a esas *memorias de la Mancha*. Vid. Introducción.



gerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba<sup>15</sup>. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido<sup>16</sup>, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros<sup>17</sup> que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada, y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles<sup>18</sup> de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que en semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y, a poco trecho della, detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos destraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas<sup>19</sup> damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos —que, sin perdón, así se llaman<sup>20</sup>— tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le

<sup>15</sup> Nótese en este pasaje la curiosa mezcla de elementos caballerescos, pastoriles y religiosos. La inquisición no consideró grave la parodia, pues no lo censuró.

<sup>16</sup> *mozas del partido*, 'prostitutas'.

<sup>17</sup> *arriero*. En la época habitualmente, con *h-*, aunque el *DRAE*, contra la tradición etimológica, sólo acepta la forma sin ella. Todavía se pronuncia aspirada en algunas zonas meridionales (*¡jarre!*). Vid. Corominas, *DCELC*, s. v. *arre*. En los autógrafos cervantinos se dan las dos grafías.

<sup>18</sup> *chapiteles*: «El remate de la torre alta en forma de pirámide, *quasi* capitel, porque cubre la cabeza y altura de la torre» (Covarrubias, s. v.).

<sup>19</sup> *graciosas*. «El que tiene buen donaire y da contento mirarle» (Covarrubias, s. v. *gracioso*).

<sup>20</sup> *sin perdón*. La fórmula habitual entre gente rústica al hablar con otra de condición superior era *con perdón* tras mencionar alguna cosa baja.

representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así, con estraño contento, llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón<sup>21</sup> y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada, les dijo:

—No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno; ca<sup>22</sup> a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino a correrse<sup>23</sup> y a decirles:

—Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además<sup>24</sup> la risa que de leve causa procede; pero no vos lo digo porque os acutedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de ál<sup>25</sup> que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha<sup>26</sup>, armada de armas tan desiguales<sup>27</sup> como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompa-

<sup>21</sup> *papelón*, 'cartón'.

<sup>22</sup> *ca*, 'porque'. Todavía se usaba en algunas fórmulas jurídicas, e incluso en *Lazarillo*. Los demás arcaísmos del pasaje son claros.

<sup>23</sup> *correrse*, 'avergonzarse'.

<sup>24</sup> *mucha sandez además*, 'mucha necedad en demasía'.

<sup>25</sup> *ál*, 'otra cosa'.

<sup>26</sup> *contrahecha*, 'fingida, disfrazada'.

<sup>27</sup> *armas desiguales*, 'de distinto tipo y uso', porque la adarga y el coselete —la parte de la armadura que protegía el pecho y la espalda— eran propias de la caballería ligera, y la lanza y brida de la armadura, de la pesada.

ñar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos<sup>28</sup>, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del<sup>29</sup> lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque

mis arreos son las armas,  
mi descanso el pelear, etc.<sup>30</sup>

Pensó el huésped<sup>31</sup> que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla<sup>32</sup>, aunque él era andaluz, y de los de la playa de San Lúcar<sup>33</sup>, no menos ladrón que Caco<sup>34</sup>, ni menos maleante que estudiantado paje<sup>35</sup>, y así le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con

<sup>28</sup> *la máquina de tantos pertrechos*, 'el artificio bélico tan bien pertrechado'. Son términos militares: «Cualquiera de las municiones, armas y demás instrumentos o máquinas de guerra, para la fortificación y defensa de las plazas u de los soldados» (*Aut. s. v.: pertrecho*).

<sup>29</sup> *amén de*, 'excepto', en la época coexistía con el valor actual de 'además de'.

<sup>30</sup> Se trata de un célebre romance ya incluido en *Cancionero de romances de Martín Nucio* (Amberes, hacia 1549), que continúa: «mi cama las duras peñas, / mi dormir siempre velar», como recuerda el ventero.

<sup>31</sup> *huésped* tenía en la época la doble acepción del que hospedaba y el hospedado.

<sup>32</sup> *sano de Castilla*. La acepción recta era la de 'persona buena y leal por ser castellano'. En germanía significaba, en cambio, 'ladrón disimulado'.

<sup>33</sup> *La playa de San Lúcar*, en Cádiz, era otro de los lugares característicos del anterior mapa picaresco.

<sup>34</sup> *Caco* era un gigante que robó su ganado a Hércules y éste lo ahorcó (Virgilio, *Eneida*, VIII). Es todavía frase hecha.

<sup>35</sup> *ni menos maleante que estudiantado paje*, «ni menos burlador que paje que ha estudiado o ha servido a estudiantes'.

seguridad de hallar en esta choza<sup>36</sup> ocasión y ocasiones<sup>37</sup> para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto, fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo<sup>38</sup>. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola<sup>39</sup> ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes<sup>40</sup>, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos<sup>41</sup>; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar; y, al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido

<sup>36</sup> *choza*, «Se toma también por la casa humilde, y aun hablando cortesana-mente se suele usar de esta voz para significar la casa regular cuando se convida a alguna persona de distinción, diciéndole que entre a honrar aquella pobre choza, aunque sea magnífica (*Aut. s. v.*).

<sup>37</sup> *ocasiones*, ‘peligros’, probablemente con referencia a las mozas del partido.

<sup>38</sup> *que comía pan en el mundo*, ‘que existía’, frase hecha, aunque el *pan* y los *panes* eran los campos de cereales.

<sup>39</sup> *gola*, ‘la pieza de la armadura del cuello’.

<sup>40</sup> El detalle del color no parece gratuito. Las cintas verdes eran las que las damas daban a sus enamorados en señal de esperanza de conseguir el fin deseado (en *El Caballero de Olmedo*, por ejemplo). Probablemente, en su locura, don Quijote cree que las ha recibido de su dama. En todo caso es simbólico y de ahí su negativa a cortarlas.

<sup>41</sup> *ñudos*, ‘nudos’.

como fuera don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas curaban<sup>42</sup> dél;  
princesas, del su rocino,

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que<sup>43</sup> no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero, tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría<sup>44</sup> yo —respondió don Quijote—, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela<sup>45</sup>, que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es

<sup>42</sup> *curaban*, 'cuidaban'. Es transposición de un célebre romance dedicado a Lanzarote (Durán, I, n.º 352, pág. 198): «Nunca fuera caballero / de damas tan bien servido / como fuera Lanzarote / cuando de Bretaña vino, / que dueñas curaban dél, / doncellas del su rocino».

<sup>43</sup> *puesto que*, 'aunque'.

<sup>44</sup> *yantaría*, 'comería', arcaísmo que propiamente significaba 'comer la comida del mediodía, entre el almuerzo y la merienda'.

<sup>45</sup> Al parecer, en algunas zonas se distinguían por el tamaño y disposición. El curadillo y la truchuela eran más pequeños y descarnados. La forma *bacallao* es la habitual hasta el siglo XIX.

mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego<sup>46</sup>, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía<sup>47</sup>; y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas, al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horalara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos; y, así como llegó, sonó su silbato<sup>48</sup> de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas; el pan, candeal<sup>49</sup>; y las ramerías, damas; y el ventero, castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

<sup>46</sup> *luego*, 'inmediatamente'.

<sup>47</sup> La acción es confusa. Se ha sugerido —Gaos— que don Quijote mantenía alzada la visera con las dos manos, por lo que no podía comer por sí mismo. Hartzenbusch enmendó en *y era alta la babera*, y otros en *alzada la babera*, que es la pieza que protegía la parte inferior del rostro, por *visera*. Ambas son poco plausibles, pues el sintagma es siempre *alzar la visera*. El hecho de que no pudiera beber más que por medio de una paja hace suponer lo angosto de la abertura entre la babera y la visera, superpuesta a aquella, lo que impediría el acceso de la mano a la boca. Esta angostura tortuosa viene corroborada por un pasaje cercano: «alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro [ ... ] Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera les cubría...».

<sup>48</sup> *silbato*. Consistía en un instrumento rústico de forma escalena de varias cañas ensambladas, típico de los castradores.

<sup>49</sup> *candeal*, 'la harina más blanca y de mejor calidad'.

### CAPÍTULO III

#### DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don<sup>1</sup> que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso, mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—; y así, os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día<sup>2</sup> me habéis de armar caballero, y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo, velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder

---

<sup>1</sup> En esta parodia de la grave ceremonia con que se armaban en realidad los caballeros medievales, minuciosamente legislada por Alfonso X (*Siete Partidas*, II, caps. XII-XXI), se incluye la de la *petición del don* que pertenece a otra escena típica de los libros de caballerías. En ella, una dama, por lo general, se dirigía al caballero para pedirle un don que el caballero debería otorgar sin saber de qué especie era. De ahí que en el *Baldo* (Sevilla, 1543, fol. 140) se incluya la siguiente ley sobre la caballería: «Cómo no deben prometer tan presto dones ni cumplirlos como los antiguos», porque «los aventureros antiguos luego sin más mirar prometían los dones, matando a las vezes, por cumplir su prometido, a su padre o a sus hermanos», y «si no cumplían [eran] difamados de las lenguas de las traidoras mugeres que los querían echar a perder».

<sup>2</sup> *mañana en aquel día*, 'mañana', con pleonismo.

como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo<sup>3</sup> buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones, y, por tener qué reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal prosupuesto<sup>4</sup> era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él, ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de San Lúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo<sup>5</sup> y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando<sup>6</sup> muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos<sup>7</sup>, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros

<sup>3</sup> *las cuatro partes del mundo*, Europa, Asia, África y América, como se especifica en I, 48, pág. 612. Es posible, sin embargo, que don Quijote, tan libresco, esté aludiendo a una célebre narración ficticia de viajes, anterior al descubrimiento de América, que se titulaba *Libro del infante don Pedro de Portugal, el qual anduvo las cuatro partidas del mundo*, cuya edición más antigua conservada es de 1547 y que se reimprimió numerosas veces hasta el siglo XX en pliegos de cordel.

<sup>4</sup> *prosupuesto*, 'presupuesto, propósito'.

<sup>5</sup> Todos eran barrios o lugares del hampa. «Mapa picaresco de España», lo denominó con acierto Clemencín.

<sup>6</sup> *recuestando*, 'requiriendo de amores'.

<sup>7</sup> *pupilos*, 'menores a los que cuidaba un tutor'. En este caso, por ironía, parece referirse a jóvenes descarriados que andaban por esos barrios antes mencionados.



andantes de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca<sup>8</sup>, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas<sup>9</sup> las bolsas, por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que, en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido. Mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos —que eran pocas y

<sup>8</sup> *blanca*, 'moneda de poco valor'. Era frase hecha para indicar la falta de dinero.

<sup>9</sup> *herradas*, 'provistas de monedas'.

raras veces—, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían<sup>10</sup>, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase<sup>11</sup>.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad, y así, se dio luego orden cómo velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y recogiendo don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón<sup>12</sup> de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura y fuéronse a mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche; pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera, que cuanto el novel ca-

<sup>10</sup> parecían, 'aparecían, se veían'.

<sup>11</sup> Compárese con lo que se dice en la Ley 10 del mencionado *Baldo* (fol. 139 v): «Qué aparejo han de llevar cuando fueren en aventuras». El caballero actual, «al contrario de los antiguos, que iba un caballero por medio de esos campos, muerto de hambre y de sed y no quiero decir más, comiendo raíces y bebiendo aguas de fuentes frías y encharcadas lagunas», debe traer provisiones y armas de repuesto. «También es cosa muy increíble que un caballero herido pudiese andar así muchos días, y tornar a pelear saliéndosele la sangre» y manda que lleven consigo medicinas y bálsamos y mozos con cabalgaduras para portar esas provisiones, una tienda de campaña y un colchón de cuero, porque «¿paréceos, señores, que las armas de hierro frío, el cuerpo vacío y sin viandas, que lo pasaría bien aquella noche y más si había llovido y se había entrado el agua en las cóncavas armas?»

<sup>12</sup> armazón, 'el acto de armar caballero', aunque podría también tener un matiz irónico.

ballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada. Mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

No se curó<sup>13</sup> el arriero destas razones, y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud; antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual, visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento, a lo que pareció, en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho que si secundara<sup>14</sup> con otro, no tuviera necesidad de maestro<sup>15</sup> que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado, porque aún estaba aturdido el arriero, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto, don Quijote embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu gran-

<sup>13</sup> *curó*, 'cuidó, preocupó'.

<sup>14</sup> *segundara*, 'secundara'.

<sup>15</sup> *maestro*, 'cirujano'. Era frase ponderativa frecuente en los libros de caballerías.

deza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo<sup>16</sup>.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometiesen todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual, lo mejor que podía, se reparaba<sup>17</sup> con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría aunque los matase a todos. También don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón<sup>18</sup> y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. ¡Tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía<sup>19</sup>!

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego<sup>20</sup>, antes que otra desgracia sucediese. Y así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero

<sup>16</sup> *atendiendo*, 'esperando'.

<sup>17</sup> *reparaba*, 'protegía'.

<sup>18</sup> *follón*, 'bravucón'.

<sup>19</sup> *sandez y demasía*, 'locura y descortesía'.

<sup>20</sup> *luego*, 'inmediatamente'.

consistía en la pescozada y en el espaldarazo<sup>21</sup>, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que dijo que él estaba<sup>22</sup> allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual<sup>23</sup>, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda<sup>24</sup> alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo<sup>25</sup>, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ceñiese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

<sup>21</sup> *pescozada y espaldarazo*. Se explican más adelante estas dos acciones para armar caballero.

<sup>22</sup> *don Quijote que dijo que él estaba*. En la primera edición falta *que dijo*. Los editores habitualmente siguen la enmienda de la segunda y *dijo*. Es preferible *que dijo* porque se explica mejor el salto de igual a igual (*Quixote [que dixo] que*).

<sup>23</sup> *manual*, 'libro en que los comerciantes llevaban sus cuentas o asientos', como ha dicho.

<sup>24</sup> *leyenda*, 'lectura'.

<sup>25</sup> *gentil espaldarazo* con sentido irónico como *buen golpe*. El ventero golpea con fuerza en ambos casos.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón, natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya<sup>26</sup>, y que donde quiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera<sup>27</sup>; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él, y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.

---

<sup>26</sup> *a las*, 'cerca de'. Había una plaza en Toledo de este nombre Bienaya o Miñana y quizá abundaban en estas tendillas los moriscos. El oficio del padre tiene claras connotaciones eróticas (enhebrar y coser).

<sup>27</sup> Los molineros tenían fama de ladrones y de moriscos —el padre es de Antequera, en la frontera granadina—, como se anota al tratar del padre de Lázaro de Tormes. También la acción de moler y cerner tiene connotaciones sexuales.